

recibir su sumision incondicional; y aunque toleró por lo pronto á los sometidos el ejercicio de su religion, obligó entre otras á la ciudad de Nordlingen á comprender en su oracion la súplica de una reforma cristiana efectuada por él.

En 22 de diciembre se sometieron tambien á esta humillacion los representantes de la poderosa ciudad de Ulma y despues las ciudades de la Suabia alta, con excepcion de Constanza, Francfort y Augsburg, siendo en vano que Scharflin se esforzara en animar á esta última á resistirse con valor y á sucumbir con honra en último caso. Estrasburgo tenia fama de ser una de las plazas mas fuertes no solamente de Alemania sino de Europa, y Sleidano dijo que esta ciudad se sostendria si algo valia la fuerza humana; pero aunque no faltaron personas que propusieron no solamente la defensa sino hasta una alianza con la Francia ó los suizos, la ciudad aceptó la mano que le tendia el emperador pidiendo solo la ceremonia de presentar su sumision arrodillándose los representantes ante su persona, además de una moderada multa pecuniaria. Las otras ciudades tuvieron que satisfacer multas pesadas; la de Augsburg pagó 150,000 florines al emperador, Ulma 100,000, Francfort 80,000, Halle 60,000 y la pequeña poblacion de Isni 12,000, sin contar otras indemnizaciones que debieron dar al rey de Romanos, al obispo de Augsburg y al duque Enrique de Brunswick. Como era de suponer, salieron tambien gananciosos los ministros del emperador, por ejemplo, Granvela, al cual la ciudad de Francfort presentó en una copa de oro mil florines de oro. El mas duramente castigado fué el duque Ulrico de Wurtemberg, y aun pudo felicitarle de que el rey Fernando no lograra apoderarse de su ducado. Sin embargo, Ulrico fué condenado á reconocer á Fernando por su señor feudal, á darle cuenta de su conducta y á pagar 30,000 florines de contribucion de guerra. Por impedirle la gota doblar las rodillas, se contentó el emperador con admitir su súplica de perdon estando sentado, pero teniendo á cada lado un consejero suyo arrodillado. Carlos V hizo aguardar al anciano y enfermo príncipe una hora, durante la cual los extranjeros de la corte le insultaron con sus mofas, hasta que por fin el emperador se dignó alargar su mano al humillado duque por encima del hombro, para mayor desprecio. Estas venganzas innobles del vencedor recuerdan las insolencias que habia sufrido Francisco I y excitaron todavia mas contra el emperador la antipatía de los alemanes. Tambien el elector del Palatinado, que solo á la fuerza habia dado algunos pocos soldados montados al ejército de la liga, tuvo á pesar de su edad y de su enfermedad que presentar su excusa con la cabeza descubierta al emperador, que le estaba mirando con ceño, y tres veces hubo de inclinarse con los ojos arrasados en lágrimas. Siendo tratados así los miembros principales del imperio, no era extraño que entre los antiguos adversarios de las ciudades se oyeran voces que invitaban al emperador á nombrar administradores ó tutores que las curasen radicalmente de sus tendencias revolucionarias. Mucho valor se necesitaba, en efecto, para continuar profesando la fe protestante, como lo hicieron algunos predicadores de las ciudades, que se negaron á orar por el emperador.

Fué inútil que Carlos V hiciera asegurar repetidas veces que no hacia la guerra á favor de la religion católica y que por esta razon no dictaba ningun arreglo tocante á este punto, pues toda su conducta demostraba lo contrario, aun sin su alianza con el Papa. Entonces fué cuando Carlos V creyó llegado el momento de resolver el asunto de Colonia, y de nada sirvió al anciano elector el haber negado, cumpliendo las órdenes del emperador, todo auxilio á los miembros de la liga; se ejecutó por orden imperial el decreto de destitucion del arzobispo que habia dado el Papa y en su lugar fué

investido de esta dignidad Adolfo Schaumburg. Cuando los fieles súbditos del elector cedieron ante las amenazas de los comisarios imperiales, éste consintió tambien en abdicar (25 de febrero 1547) y ya antes habia efectuado su solemne entrada en Naumburg el obispo católico Julio Pflug, sin querer conceder la proteccion prometida por Mauricio á los protestantes de la ciudad. El consejo municipal de Estrasburgo se consoló, á la fuerza, con el pensamiento de que, en último caso, aunque el emperador quisiera suprimir de veras la religion protestante, cada cual era libre de profesar esta fe hasta donde Dios se lo permitiera.

Hay que tener presente la participacion que tomaron en esta crisis tremenda el capital y el comercio de las ciudades de la Alemania meridional, contra las cuales el emperador podia manejar un arma terrible privándoles de su comercio y confiscando sus mercancías y demás bienes dentro de sus territorios como en España y en los demás Estados sometidos á la casa de Habsburgo. Esto, sin contar los grandes sacrificios pecuniarios, puso á prueba el entusiasmo religioso de las ciudades reformistas, y se calculó en 500,000 florines el valor de las mercancías confiscadas pertenecientes á los comerciantes de la ciudad de Estrasburgo, á lo cual se agregó que las casas justamente mas poderosas de comercio, como las de las familias Fugger, Welsch y Baumgarten, continuaron siendo partidarias del catolicismo. La prolongacion de su resistencia habria aniquilado todo el comercio que tenian las casas protestantes con España y con Ultramar. Los protestantes mismos miraron desde un principio con desconfianza á los comerciantes de su religion, tanto que en Estrasburgo el pueblo exaltado les acusó de traidores y quiso castigarlos á su manera. Hasta cierto punto habia un fondo de razon en estas sospechas, porque sin el temor de las disposiciones que el emperador, como soberano de extensos países y deudor antiguo de banqueros alemanes, podia adoptar para perjudicar el comercio, hubiera sido acaso mas enérgica la guerra de los protestantes y sobre todo mas firme su resistencia, porque los comerciantes hubieran facilitado mayores fondos á sus correligionarios. Cuando algunos meses despues, dice Baumgarten, el emperador impuso á las ciudades las ya mencionadas contribuciones de guerra, aparecieron las grandes sumas cuya existencia se habia negado al tratarse de salvar al protestantismo. Esto dió lugar á que los protestantes desahogaran su ira contra el comercio en canciones satíricas, rudas por supuesto.

Las miradas de los reformistas que todavia conservaban alguna esperanza se fijaron en la Sajonia; porque el elector Juan Federico, antes tan lento en sus acciones, pareció completamente transformado desde que se trató de desposeerle de sus Estados hereditarios y de su dignidad electoral, tanto mas cuanto que su adversario inmediato era su primo, representante de la segunda rama sajona. Juan Federico emprendió su campaña de invierno anunciando á los súbditos de su primo que pagaria á éste en la misma moneda que habia usado contra él. Las capitales de los obispados de Halle y Merseburgo fueron ocupadas con poco trabajo y tratadas sin misericordia, y no lo pasaron mejor los territorios del duque, tanto que durante el sitio de Leipzig los predicadores protestantes y los habitantes de esta ciudad, antes poco favorables al duque, se pasaron á su partido. Mauricio, hombre positivista, no pudo menos de atender al espíritu protestante de sus súbditos, que veían naturalmente con malos ojos sus relaciones con el emperador; y muchas canciones de sus partidarios se esfuerzan en pintar su política como reformista, aprovechando la doctrina del apóstol San Pablo á favor de la autoridad instituida por Dios y reconvinieron al elector Juan Federico por una conducta de que Lutero

mismo habia tratado de disuadirle, es decir, por haber deservainado la espada contra su soberano el emperador. Fortuna tuvo Mauricio, por lo demás, en que Juan Federico perdiera tiempo y recursos delante de Leipzig; porque las súplicas de auxilio de Mauricio encontraron oídos sordos tanto en la corte imperial como en las de los potentados vecinos. El mismo rey Fernando no se mostró muy dispuesto á hacer grandes sacrificios en favor de los intereses territoriales del duque; y cuando al fin, temiendo que su vacilacion impulsara á su aliado á un arreglo con el elector por la mediacion del landgrave, quiso ir á su auxilio, se negaron á seguirle sus feudatarios de Bohemia, lo cual le obligó á presentarse en Sajonia casi como un rey arrojado de su país. En efecto, las pocas fuerzas que le acompañaban le fueron facilitadas por la nobleza católica de Bohemia, mientras la nobleza calixtina recordó sus tradiciones anti-habsburguesas y anti-romanas, formó uniones contra el rey y entabló relaciones con el elector. De esta suerte se presentaba entonces inminente lo que se habia temido al principio de la Reforma: la union del elemento husita revivificado con el movimiento alemán. El país se llenó de hojas volantes protestantes y de canciones guerreras checas, en que se hablaba del emperador llamándole águila hambrienta desplumada, y al rey Fernando, por las pretensiones de sucesion á la corona de Bohemia, el águila hembra que se habia metido en la madriguera del leon de Bohemia.

En 27 de enero levantó Juan Federico el sitio de Leipzig y entre el estampido de la artillería de la ciudad le entonaron una cancion burlona. Casi al mismo tiempo llegó en nombre del emperador el auxilio armado, conducido por el marqués Alberto, y se anunció mas refuerzo imperial. Por otra parte la empresa de sus contrarios contra Halle ofreció al elector la ocasion de dar un brillante golpe de mano. El marqués Alberto, que en su camino se habia detenido en la pequeña y mal fortificada ciudad de Rochlitz, residencia de la hermana del landgrave, celosa protestante, habia pasado alegres dias en aquella pequeña corte, cuando de repente se vió sorprendido y hecho prisionero por el enemigo en la mañana del 2 de marzo. Pero Juan Federico, en lugar de aprovechar su victoria y de llevar la guerra á Franconia, recayó en su acostumbrada inactividad, porque ni á él ni á sus consejeros se les habia jamás revelado la necesidad de una ofensiva valerosa ni de que el adversario de la casa de Habsburgo y adalid del protestantismo adoptara un plan de guerra y diera á la lucha, como lo exigía la importancia del adversario, un objetivo mas elevado que el castigo de su primo.

Entonces justamente hubiera sido menester mas que nunca mostrarse á la altura de la situacion; pues el emperador, lejos de estar moribundo ó muerto, como se decia desde algunas semanas, estaba dirigiéndose contra la Sajonia á la cabeza de un ejército, segun tenia anunciado ya desde algun tiempo. La noticia de la derrota de Rochlitz le habia decidido á realizar su propósito. Pesada fué para el ya caduco monarca la carga de sus achaques; parecia que la muerte le habia designado ya por su víctima, y sufriendo la gota y el mal de piedra y hallándose incapaz de andar, entró lentamente en campaña llevado en una litera, y pasando por Nordlingen y Nuremberg, se dirigió á Eger. El pueblo por donde pasaba creía que los españoles llevaban consigo solo el cadáver del monarca embalsamado; pero en Eger oyó misa el día de Pascua, acompañado y sostenido por su hermano y el hijo de éste, Maximiliano, hallándose tambien en su séquito príncipes protestantes alemanes como Mauricio y Augusto de Sajonia. El marqués Juan Jorge, hijo del elector de Brandeburgo, fué con algunos centenares de hombres armados á Eger, no tanto á consecuencia de la union que poco

antes habia formado el elector Joaquin con el rey Fernando y el duque Mauricio, sino como muestra de respeto y afecto rendida al emperador, cuyo favor buscaban los Hohenzollern contra la segunda rama sajona, que empezaba á subir. Todos los príncipes protestantes que tomaron parte en la guerra de Sajonia lo hicieron impelidos por la codicia que excitaban los obispados de Magdeburgo y Halberstadt, cuya posesion trataban de asegurar para su casa los Hohenzollern; y en efecto, despues que el marqués Juan Alberto, bajo la presión de las tropas del elector de Sajonia, renunció á su arzobispado, consiguieron que fuera elegido el hijo segundo de Joaquin, llamado Federico, cuya eleccion apoyó tambien el emperador en Roma. El joven marqués, que individualmente era partidario de la Iglesia semi-protestante instituida en sus Estados por su padre, prometió ser fiel á la silla apostólica y á los preceptos de la Iglesia católica romana y no introducir en el arzobispado ninguna innovacion hasta la decision del concilio.

El emperador con perseverancia tenaz tuvo su vista siempre fija, aun en medio de las peripecias de la lucha, en su objeto principal de volver toda la Alemania á la religion católica, condicion indispensable en su opinion tanto religiosa como política para conseguir la transformacion del imperio en sentido monárquico absoluto. De una carta que escribió él mismo á su hermano en el mes de enero se desprende que ya entonces estaba indeciso, no sabiendo si era mejor presentar claramente la cuestion religiosa que le movia, dejar todo fingimiento, ya que los contrarios la consideraban hacia ya tiempo como el verdadero motivo de la guerra, y obligar á los magnates del imperio ya sometidos á hacer este último sacrificio por una orden decisiva del jefe del imperio, unida á un castigo enérgico de los predicadores protestantes, ó si era mas conveniente aniquilar primero completamente á los rebeldes y proceder despues á la reorganizacion interior de Alemania.

Mas pronto de lo que se esperaba se cumplió el destino del elector, tan inepto ya se le considere como militar, ya como político. Aceptando el consejo del landgrave de retirarse ante el emperador á una gran fortaleza, como por ejemplo Magdeburgo ó Brunswick, se habia decidido por la primera, que en efecto resistió despues á un prolongado sitio; pero sin dirigirse inmediatamente al Norte, hizo antes un avance hácia el Este pasando por Meissen y dando un asalto en 13 de abril á Dresde. Habia enviado una parte de sus fuerzas á las montañas de Erzgebirge con el objeto de unirse con los bohemios, y por el mismo motivo se quedó en Meissen, ignorando evidentemente la fuerza y los movimientos del enemigo, que en 10 de abril habia empezado su marcha hácia el Norte, formando la vanguardia Mauricio y el duque de Alba con la tropa española y siguiéndoles el emperador el 13 del mismo mes con la fuerza principal, decidido, segun dijo Mauricio en una carta, á buscar al enemigo en cualquier parte donde lo encontrara. En Meissen nadie creía en la aproximacion del emperador, suponiéndose que alguien le representaria á peticion del duque Mauricio; y solo cuando en 22 de abril acampó Carlos á pocas leguas de allí, el elector Juan Federico atravesó á media noche el Elba para marchar por la otra orilla sobre Wittenberg, siguiendo el curso del rio. El emperador, despues de descansar en Muhlberg, se puso en marcha, contra el consejo del duque de Alba, antes de amanecer el día 24 para llegar al Elba protegido por una niebla densísima, y dispuso que solo la caballería, entre la cual habia tambien húsares, entrara en accion. Toda su fuerza, compuesta de tropas españolas, alemanas é italianas, ascendía á unos 30,000 hombres. El elector, al recibir las primeras noticias de que al otro lado del rio se distinguia

tropa enemiga, asistió con su habitual calma al sermón del domingo y comió despues tranquilamente; pero perdió completamente la cabeza cuando al mediodía se dispó la niebla y vió claramente á la otra parte del rio al emperador con todo su ejército. En lugar de hacer lo posible para conservar á cualquier precio la orilla derecha, defender el puente de barcas y emprender á toda prisa la retirada, las fuerzas de artillería y las piezas se retiraron despues de un corto fuego. Los imperiales empezaban á echar un puente con las barcas propias y las tomadas á los sajones cuando un vecino de Muhlberg, á quien habian preso casualmente, les enseñó un vado muy fácil, por el cual pasó toda la caballería imperial y tras ella Carlos V con todo su séquito. El duque Mauricio habia encargado á los perseguidores de su primo que intimaran á éste la rendicion prometiéndole su mediacion, pero este ofrecimiento fué rechazado. Entonces se pusieron Mauricio y Alba á la cabeza de la persecucion y la retirada lenta del elector se cambió pronto en huida. Delante del bosque pantanoso de Lochau hubo lucha, pero la caballería del elector huyó á la desbandada á la primera embestida, sin cuidarse de la infantería ni de su soberano; y mientras Mauricio y su hermano Augusto tomaban parte en la persecucion de la caballería, exponiendo el primero mas de una vez su vida, quedó rezagado el obeso elector y fué alcanzado por el enemigo cuando justamente estaba defendiéndose contra un húsar. En aquel crítico momento llegó á aquel punto con otros jinetes extranjeros un noble del duque Mauricio, que intimó al elector la rendicion en aleman, y á éste se rindió Juan Federico por ser aleman y noble. Siguió su ejemplo el duque Ernesto de Brunswick, que habia permanecido á su lado hasta el último instante. Un oficial italiano, y no aquel noble aleman, condujo al elector prisionero ante el duque de Alba.

A bastante distancia detrás del sitio de la accion estaba colocado el emperador, que habia querido ponerse despues de haber pasado el Elba toda su armadura, con la cual le retrató despues el Ticiano, montado en fogoso corcel, con su lanza en la mano y galopando por el campo de batalla. Esta súbita robustez del monarca, creído poco antes muerto, sorprende; pero lo cierto es que no entró en batalla, como su enemigo el elector de Sajonia, que fué cogido peleando y rodeado de enemigos. Verdad es que Carlos, aun sin la gloria de haber dado pruebas de valor personal en este campo de batalla, debió de sentir el orgullo del vencedor mas que nunca y en ningun otro momento de su vida cuando vió acercarse al duque de Alba con su ilustre prisionero, el elector Juan Federico, cubierto de su armadura negra, montado en robusto caballo frison, quitándose el yelmo y mostrando la cara cubierta de sangre. Carlos rechazó la tentativa del elector de apearse de su caballo y de alargarle la mano, lo mismo que su cortés saludo y su súplica de concederle una prision correspondiente á su categoría; y volviendo á otro lado el rostro dijo que su prisionero seria tratado segun merecia. Entonces volvió el elector á ponerse su yelmo, diciendo: «Haced de mí lo que queráis, pues estoy en vuestro poder.» Si el emperador no pudo disimular su odio, no olvidó en cambio el obeso y rudo elector lo que debia á su dignidad aun estando vencido y prisionero. Era uno de aquellos genios pasivos que desarrollan su mejor fuerza en el infortunio; su actitud hizo profunda impresion en los españoles é italianos, tan inclinados á burlarse de los brutos alemanes; y un humanista italiano que asistió á la guerra y la describió despues, pinta al elector, legítimo hijo de la reforma luterana, casi como un estoico de la antigüedad.

Sin verdadera batalla quedó sellada en Muhlberg la ruina del protestantismo alemán. Nada revela mejor las causas

verdaderas de esta derrota que el *Te Deum* que se cantó en Berlin con motivo de la victoria del emperador; y Agrícola, el predicador de palacio del elector de Brandeburgo y antiguo adversario de Lutero, comparó el paso del Elba del *devoto* emperador con el paso milagroso de los israelitas por el mar Rojo. Los magnates de Bohemia felicitaron al emperador en Praga y celebraron su victoria con otro *Te Deum*, demostrando así el error del elector de Sajonia al farse de semejantes auxiliares informales. En el electorado de Sajonia no se notó al principio el desaliento que hubiera sido de esperar, porque se aguardaban todavía el apoyo y socorro de las ciudades de la Alemania del Norte y de la Francia, la intervencion de los turcos y la de la gente de Wittenberg, que al parecer se mostraba dispuesta á defender su ciudad hasta el último trance, prometiéndole dejarse matar primero que rendirse. Los súbditos del elector se lisonjaban hasta con la esperanza de un ataque á los Países-Bajos, «el corazón y el tesoro del enemigo.»

Entretanto el emperador, en su campamento delante de Wittenberg, condenó á su enemigo prisionero, declarado ya fuera de la ley, á la pena de muerte, pero sin tener intencion de ejecutar esta sentencia; y si bien el elector Juan Federico recibió la noticia sin inmutarse, se volvió mas flexible para aceptar las duras condiciones que le impuso la capitulacion firmada en 19 de mayo. Despues de la rendicion de la ciudad suplicaron al emperador de rodillas el elector de Brandeburgo con su esposa Sibila, dos hijos del rey de Romanos y gran número de otros príncipes que desistiera de su exigencia de hacer renunciar á Juan Federico á su dignidad y á sus territorios electorales, de entregar sus fortalezas y de permanecer en su corte ó en la del príncipe Felipe, vigilado constantemente, hasta que otra cosa se dispusiera. Todas estas súplicas fueron inútiles. A todo se sometió Juan Federico excepto á la exigencia de atenerse á lo que decidiera el concilio, alegando en contra la Confesion de 1530 y la resolucion del parlamento de 1544. El nuevo elector Mauricio tuvo tambien que sentir las consecuencias de su alianza desigual con los Habsburgos, porque no recibió todo lo que habia pedido y esperado, sino que tuvo que asegurar á los príncipes de la rama mayor de Sajonia una renta anual de 50,000 florines, dándoles en garantía una parte de sus territorios de Turingia. Además tuvo que abandonar al rey Fernando los feudos que tenia la rama mayor de su familia en Bohemia. Tocante á los obispos de Magdeburgo y Halberstadt no se dijo por lo pronto nada, pues el emperador no fué tan imprudente que quisiera aumentar en demasia el poder del representante de la rama menor de Sajonia en el momento en que habia reducido á la impotencia al magnate mas poderoso del imperio. Para quedar fiel á su principio, *divide et impera*, que tan buenos resultados le estaba dando, y para retener al ambicioso Mauricio en la dependencia é inseguridad, el mejor medio era mantener hasta cierto punto la rivalidad entre las dos ramas sajonas, á cuyo efecto tambien honró intencionalmente á veces á su prisionero con un trato amable y hasta digno, como cuando permitió que el ex-soberano visitara la ciudad de Wittenberg, debajo de un dosel, llevado por nobles españoles, á fin de pasar allí la fiesta de Pentecostés. El hijo de Granvela, obispo de Arras, no cesaba de asegurar á los jóvenes príncipes sajones que él y el duque de Alba diariamente hablaban á favor de ellos con el emperador, pero que era preciso «sufrir la mala suerte, porque lo sucedido habia sido obra del destino.» Se culpó á Mauricio de la continuacion de la prision del ex-elector. No hay que decir que todas las tentativas para establecer entre las dos líneas sajonas una relacion siquiera tolerable no encontraron ningun apoyo en la corte imperial, que hizo lo que pudo

para impedir toda inteligencia entre ellas, y se valió de todos los medios á su alcance para mantener las desavenencias entre los miembros del imperio á fin de imponerles luego mas fácilmente el absolutismo monárquico.

Despues de la catástrofe de Muhlberg se unieron las tropas de las ciudades de Magdeburgo, Bremen, Hamburgo, Brunswick y otras del Norte de Alemania, mandadas por el conde Cristóbal de Oldemburgo y Alberto de Mansfeld, con el resto del ejército del elector que habia operado en la fron-

tera de Bohemia y juntas obligaron á Erico de Brunswick y á Wrisberg á levantar el sitio de Bremen. En 23 de mayo derrotaron al joven duque de Drackenburgo totalmente, y cuando llegó á su socorro, demasiado tarde, su colega Wrisberg, no pudo hacer mas que huir con la caja. Carlos V no tuvo necesidad de perder tiempo en la conquista de las ciudades del Norte, bien fortificadas y pobres, segun él decia, porque no esperaron á ser declaradas fuera de la ley, sabiendo que no habrian faltado al emperador príncipes que de muy



Carlos V en el campo de batalla de Muhlberg
Copia de un cuadro del Ticiano, existente en el Museo de Madrid

buena gana se hubieran encargado de la ejecucion de este castigo. Solo Magdeburgo estaba resuelta á defenderse; pero el emperador no quiso emprender el sitio de esta ciudad, que podria ser muy largo. En opinion del rey Fernando, era Magdeburgo «la mas rebelde, la mas fuerte y la mas importante de todas las demás ciudades,» y se desistió de sitiarla justamente cuando el landgrave, el único príncipe no sometido todavía, dió por perdida su causa sin desenvainar su espada. Este soberano, antes tan belicoso, esperando en vano auxilio extranjero habia visto pasar meses y meses en medio de sus súbditos descontentos y de vecinos mal intencionados, acusado por los protestantes del Mediodía de ser la causa de todos los descalabros, sin ver el menor cambio en su situacion y sin que todos sus esfuerzos cerca del emperador hubiesen logrado condiciones algun tanto favorables. Mucho le costó convencerse de lo que siempre habia rechazado, á saber, «que Dios acaso no queria mantener su palabra por la fuerza de las armas sino por medio de sermones, por la con-

fesion, la pasion, la muerte y la cruz.» Por fin decidió someterse y pedir perdon al emperador, y no por conformidad cristiana, sino por cálculo. Su yerno y el elector Joaquin no pudieron conseguir otras condiciones mas suaves que la entrega de toda la artillería del landgrave, la demolicion de todas sus fortalezas menos una y la rendicion personal á discrecion, respecto de cuya última condicion dijo el emperador á los dos mediadores, con encargo de tenerlo secreto, que no tenia intencion de castigar al landgrave corporalmente ni con prision permanente; es decir que Carlos V se reservó el derecho de tener á su contrario preso, y el acta de sumision no dejó ninguna duda de que el emperador estaba decidido á hacer uso de este derecho. Por tanto si el landgrave marchó á Halle en la creencia de cumplir solo una formalidad, fué porque los dos electores mediadores le aseguraron que no seria preso, respondiendo ellos hasta con su propia persona. Se sabe por la relacion de Sastrow, excelente observador, que el emperador al ver la expresion alegre del landgrave al pros-

ternarse éste ante él, le dijo en tono amenazador: «Os enseñaré á reiros.» De seguro no ignoraban entonces los mediadores que Carlos no tomaría la mano del príncipe humillado, después de haberle notificado que levantaba su declaración de fuera de la ley y que no le castigaría con pena de muerte ni confiscación ni prisión durante toda su vida.

Antes de la ceremonia habían comido los príncipes en casa del joven Granvela, y por la noche fueron invitados á cenar en casa del duque de Alba, encargado de prender al landgrave Felipe (19 de junio). Los príncipes Mauricio y Joaquín protestaron consternados é indignados contra el proceder del de Alba al prender al landgrave; pero no tuvieron más remedio que conformarse y contentarse con acompañar al preso un par de días. El emperador triunfante llevó al parlamento á los dos jefes del vencido protestantismo alemán, aprovechando las ocasiones para hacer sentir á los vencidos su triste situación, contestando con sonrisa de mofa á las profundas reverencias del elector Juan Federico y con órdenes degradantes de vigilar la persona del landgrave, desesperado y orgulloso; disposiciones que recuerdan las que tomaron en el siglo XVIII los republicanos franceses con Luis XVI y su familia en el Temple. Quizás sabía Carlos V la amenaza atribuida al landgrave de que si alguna vez el emperador cayera en su poder le haría crucificar y ahorcaría á cada lado de él á un cardenal. Lo cierto es que Carlos V consideró á este príncipe incansable como el elemento más peligroso que podía oponerse á su reorganización fundamental del imperio alemán y creyó, de consiguiente, necesario hacerle inofensivo.

Una canción satírica de aquellos días expresa el cambio ocurrido en la situación interior de Alemania en estos términos toscos, al estilo de aquel tiempo: «El emperador Carlos de Gante ha disuelto la liga de Smalcaldia y ahora pide vino al Wurtemberg; el landgrave hará de copero, el emperador Carlos vacía la copa y el imperio lo paga todo.»

Había llegado para Carlos la hora de pensar en realizar sus planes más ocultos é imponer su voluntad á la Alemania y á la Europa, habiéndose cambiado la situación general en ventaja suya desde un año antes. En el interior del imperio tenía despejado el terreno para acabar simultáneamente con la herejía y con la independencia de los magnates; y en Inglaterra y Francia ocurrieron uno tras otro cambios en el gobierno, pues el 28 de enero de 1547 murió Enrique VIII y en 31 de marzo Francisco I, cuyo sucesor, Enrique II, dijo que quería ahorrar los gastos de su coronación para tener más recursos que emplear en armamentos; pero por lo pronto prevaleció en la corte de Francia la aversión á hacer la guerra al vencedor de Muhlberg, tanto más cuanto que había recuperado toda su influencia en la corte el duque de Montmorency, antiguo partidario de Carlos V. Al mismo tiempo se agriaron de nuevo las relaciones entre Francia é Inglaterra; y aunque, según la antigua costumbre de la política francesa, Enrique II prometiera á los protestantes alemanes su auxilio, los sucesos en las Islas Británicas absorbieron el interés y las fuerzas de Francia, cuyas tropas lucharon al lado de los escoceses contra Inglaterra, á la cual la Francia quería arrebatar la plaza de Boulogne, que le fué cedida en 1546. Inglaterra, además de estas complicaciones políticas, vió acercarse no solamente una transformación religiosa sino también una grave crisis social, mucho más exclusivamente agraria que la revolución alemana de 1525. Eduardo Seymour, duque de Sommerset, gobernador de Inglaterra durante la menor edad de su sobrino Eduardo VI, era personalmente adicto á la Reforma y enemigo de los escoceses y de los franceses, y se le suponían por unos tendencias absolutistas y por otros simpatías democráticas, todo lo cual

impedía que Inglaterra pudiera mezclarse en las grandes complicaciones del continente. Por otra parte los Habsburgos nada tenían que temer del Oriente á consecuencia del tratado de paz que en 19 de junio firmó el rey Fernando con el gobierno turco, obligándose á pagar á este último un tributo anual. Martinuzzi, el dueño de la Transilvania, se inclinó también del lado del Austria; las conspiraciones y proyectos anti-imperiales fraguados en Italia habían fracasado; la revolución de Génova había perdido por una casualidad funesta á su jefe Fiesco, y la sublevación de los napolitanos contra la Inquisición española había sido sofocada fácilmente en el mes de mayo de 1547.

No obstante, procedieron de Italia el obstáculo y la resistencia más tenaz que encontraron los proyectos de dominación universal de Carlos V; y el mismo Papa resultó ser el primero y el más enérgico adversario que impidió el aniquilamiento completo del protestantismo alemán.

Ya conocemos la situación singular del papado italiano y sus consecuencias trascendentales. Los papas, para no descender á la situación de meros vasallos del emperador, se vieron obligados á aliarse con elementos cuyo auxilio político les era necesario para sostener el dominio temporal de la Iglesia, pero que eran en religión enemigos de Roma. Paulo III siguió esta política tradicional, no solamente como Farnesio sino también como Papa; pues en todas partes se le atravesaba en su camino el molesto Habsburgo, tanto en lo relativo al concilio como en sus planes codiciosos dinásticos. El emperador quería disponer libremente de Italia; en España efectuar sus proyectadas secularizaciones; en Trento pretendía mandar como dueño absoluto y en Alemania decidir la gran contienda religiosa. En todas partes se enlazaron intereses políticos con los religiosos; en Italia el disgusto del Papa y de sus legados contra la influencia que el emperador quería asegurarse en la asamblea de Trento, coincidió con el descontento de la familia Farnesio, y estos intereses encontrados se habían exacerbado mucho antes de firmarse la alianza entre el emperador y el Papa.

En el concilio general abierto en 13 de diciembre de 1545 en Trento, con la participación de 34 prelados únicamente, se presentaron desde luego los obispos españoles y el embajador del emperador como núcleo de la oposición, si bien hubo también cierto número de italianos que se expresaron con un espíritu bastante luterano. No se cumplió el deseo del emperador de aplazar la fijación de los dogmas, pero el partido del Papa hubo de renunciar á un aplazamiento indefinido de las reformas. Las resoluciones tomadas y proclamadas en la cuarta sesión, celebrada en 8 de abril de 1546, decidiendo la conservación absoluta de la autoridad de la Vulgata y de la tradición, causaron la ruptura definitiva con los protestantes, ruptura que el emperador tanto había querido evitar. En la quinta sesión se publicó, también contra la voluntad del emperador, el dogma del pecado original, después de lo cual pasó el concilio á tratar de la cuestión capital, la doctrina de la justificación. Cuando los obispos españoles apelaron á la protección del emperador contra Roma, los partidarios del Papa contestaron amenazando con suspender las sesiones ó trasladar el concilio á otra población. A estas amenazas contestó Carlos V participando al legado Cervino que le castigaría y que procuraría que no estuviera en ninguna parte seguro de él. Mientras las tropas de Paulo III formaban parte del ejército del emperador, éste no reconocía la dignidad ducal de Pedro Luis, el hijo del Papa, el cual además tuvo á su lado á su enemigo decidido Fernando Gonzaga, nuevo gobernador imperial, cuando se había esperado en Roma que este puesto importante se concediera al joven Octavio Farnesio. No hay, pues, que admirarse de

que Pedro Luis volviera á sus antiguas relaciones francesas ni de que, como la Francia, tuviera también parte en la conjuración de Fiesco. Pareció inmediata la renovación de la coalición anti-imperial de 1526, bien que Florencia y Milán se hallaban en poder del adversario. A pesar de todo, el Papa en medio de la guerra contra los protestantes decidió abandonar al emperador, cuyos triunfos y pretensiones empezaban á espantarle. El resultado de la campaña del Danubio, aunque favorable para Carlos, le obligó á nuevos sacrificios militares y de consiguiente pecuniarios; y Carlos, descontento de la mezquindad del pontífice, que regateaba sus subsidios, pidió no solamente la facultad de exigir á la Iglesia de España los impuestos convenidos, sino la de extender esta medida, que venía á ser una especie de secularización de bienes eclesiásticos, á todos los territorios sometidos á la casa de Austria. Paulo III, en vez de acceder á esta extensión, retiró (en enero de 1547) definitiva y resueltamente sus tropas de Alemania, justificando esta medida ante su propia conciencia con el pretexto de que el emperador había concedido á los protestantes vencidos la tolerancia religiosa en lugar de obligarlos á la sumisión incondicional al concilio, en el cual justamente el legado pontificio hizo la oposición al clero español con la proclamación de la doctrina de la justificación. El concilio adoptó una actitud cada vez más hostil no solamente á los protestantes sino aun al emperador, porque decidió formar causa á los obispos que no se habían presentado en Trento, con lo cual se aludía principalmente á los prelados alemanes. Por esto fueron terribles los estallidos de cólera del orgulloso monarca y las frases que tuvo que oír el nuncio en Alemania, al cual el emperador dijo que las excusas de la retirada de las tropas pontificias no eran más que necia palabrería, y que las felicitaciones del Papa con motivo de los triunfos del emperador eran mentidas. Añadió que el Papa, desde un principio, había procurado hacerle contraer compromisos interminables; que Su Santidad á pesar de su edad proyecta padecía evidentemente del mal venéreo, y que en sus negociaciones con los protestantes no había mencionado al Papa porque su solo nombre era odiado en Alemania como en muchas otras partes de la cristiandad por los males que había cometido, de suerte que su mención no podía traer ninguna utilidad sino antes bien grandísimo perjuicio. Cuando después de la muerte de Enrique VIII se exigió de él desde Roma que volviera sus armas contra la cismática Inglaterra, declaró Carlos V que no desenvainaría la espada por amor al Papa ni contra el rey de Inglaterra ni contra nadie en este mundo, aunque fuera la persona más despreciable; que en adelante veneraría á San Pedro, pero no al papa Paulo, y que por lo tocante á la guerra alemana, no dudaba que á falta de los soldados del Papa, el legado se pondría en la primera fila con el nuncio y entonces se vería lo que los dos hacían con sus bendiciones. En cambio el Papa manifestó al embajador francés su satisfacción por los triunfos del elector Juan Federico en Sajonia y declaró que el oro francés no podía emplearse mejor que auxiliando á aquellos que hacían resistencia al enemigo común.

En 11 de marzo se dió el golpe principal en Trento; porque bajo el pretexto de algunos fallecimientos causados por la peste, fué trasladado el concilio á Bolonia. Los españoles se quedaron en Trento contra la resolución de la mayoría; ya amenazaba un cisma, y con razón dice Janssen que la traslación del concilio fué una desgracia para la Iglesia.

Lo mismo que en la contienda del emperador contra Clemente VII, personas de mucha influencia instaron á la sazón al emperador á tomar en sus manos la reforma de la Iglesia, tan descuidada por el Papa, y la verdad era que ni Carlos

ni los protestantes hubieran concedido á un concilio reunido en Bolonia autoridad suficiente para resolver la cuestión capital de la época. Ya el republicano Burlamacchi, con sus ribetes de hereje, al caer en poder del emperador después de su tentativa fracasada de librar á su ciudad patria, Lucca, del dominio toscano, le había aconsejado que marchara con fuerzas alemanas é italianas contra Roma para librar á la Iglesia de su funesto dominio temporal; y cuando en febrero de 1547 propuso el rey Fernando á su hermano someter á la corte romana y al concilio un proyecto de reforma elaborado por teólogos católicos tanto alemanes como extranjeros, el florentino Cosme de Médicis se encontró casi en la misma tendencia que su enemigo mortal Burlamacchi. En una carta dirigida á Granvela en 6 de febrero, Cosme recomendó que, por lo pronto, sin emplear la fuerza, se ejerciera presión sobre el Papa por medio del concilio á fin de lograr la deseada reforma de la Iglesia, es decir, la supresión pacífica del absolutismo papal y de la tiranía clerical, con lo cual quedaría suprimida la herejía alemana, y que esto daría más gloria al emperador que todos sus demás triunfos juntos. El único al cual acaso disgustaría esto sería el Papa, pero si pretendiera resistirse en su desesperación «se le debería castigar de tal manera que los papas renunciaran en vida de Su Majestad y de sus hijos á turbar á cada instante la paz del mundo.»

Hasta entonces Paulo III había interceptado á sus contrarios el camino pacífico de una reforma conciliar; por manera que la cuestión consistía para Carlos en reducir la Alemania y la corte de Roma á la obediencia.

CAPITULO II

LA REFORMA IMPERIAL

Un humanista italiano había comparado algunos decenios antes la dignidad imperial con la sombra de un árbol elevado y con el rayo de sol que penetra por la ventana en una habitación, diciendo que debería probarse una vez á conservar en la mano una onza de esta luz. Esta expresión burlona perfectamente justificada en otro tiempo no lo estaba ya en el año 1547, cuando el monarca español vencedor se veía dueño de un poder tal que no lo habían tenido mayor Carlomagno ni posteriormente en nuestro siglo por corto tiempo el guerrero corso Napoleón I. El triunfo de Carlos V significaba el del elemento neo-latino, que había conquistado ya entonces la preeminencia en todas las manifestaciones de la vida, y cómo había de sufrir este elemento que se le arrebatará la dignidad suprema del mundo cristiano? En todas las expresiones y opiniones de observadores extranjeros de aquel tiempo se manifiesta un gran menosprecio del pueblo alemán, y un embajador de Venecia dice que hasta era indigno que el emperador fuera elegido únicamente por seis señores alemanes, de los cuales los tres eclesiásticos tenían el aspecto de simples clérigos, mientras los otros tres estaban siempre borrachos. Nadie podía negar la riqueza de los dilatados territorios alemanes, sobre todo en recursos pecuniarios y en soldados mercenarios; y de estos recursos parecía dueño á la sazón el emperador. Era general la convicción de que de un modo ú otro Carlos V modificaría la constitución del imperio en el sentido de transformar la Alemania en una dependencia monárquica, es decir, en un patrimonio de la casa de Austria, porque, en efecto, desde el emperador Federico III podía considerarse la sucesión en el trono imperial como hereditaria; y al parecer había llegado el momento de que se cumpliera la profecía famosa de que toda la tierra acabaría por quedar sujeta al Austria. Un erudito alemán se tomó